

RAIZA REVELLES

El **CHICO**
de la
PIEL de
CERDO

Y OTROS RELATOS
QUE JAMÁS
DEBERÍAS LEER



RAIZA REVELLES

El CHICO
de la
PIEL de
CERDO

Y OTROS RELATOS QUE
JAMÁS DEBERÍAS LEER



ILUSTRADO POR BERENICE MEDINA

Revelles, Raiza

El chico de la piel de cerdo y otros relatos que jamás deberías leer / Raiza Revelles.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos

Aires : Planeta, 2021.

208 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7515-1

1. Narrativa Mexicana. 2. Literatura Juvenil. I. Título.
CDD M863.9283

© 2020, Raiza Revelles

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / © Emmanuel Peña

Ilustraciones de interiores y portada: © Berenice Medina

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: diciembre de 2021

3.500 ejemplares

ISBN 978-950-49-7515-1

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de noviembre de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Los Héspedes



¿Alguna vez has sentido que la idea de una aventura está sobrevalorada? Tal vez lo has sentido cuando tus amigos deciden invitarte de fiesta la noche antes del examen final de Trigonometría. O cuando has visto personas saltar con paracaídas por televisión y eso, en vez de despertar tu interés, simplemente hace que tu estómago dé una vuelta como si fuera un hot cake sobre la sartén. Todos dicen querer una, pero en verdad, ¿qué

tan importante es una aventura para una buena vida? Una aventura no te da estabilidad, no te garantiza salud y, mucho menos, un buen historial crediticio. Y todos sabemos lo importante que es eso hoy en día.

Simplemente, como muchas otras cosas, la idea de que las personas necesitan experimentar algo extraño, novedoso o intenso, es algo que nos ha vendido Hollywood durante años con sus programas y películas irreales. Una vida sencilla y rutinaria es lo que la gente necesita para ser verdaderamente feliz.

Y justo eso estaba pensando Oriel Davidoff mientras tomaba tranquilamente su café de las mañanas, sin azúcar y sin crema. Simple, sin aditivos, tal cual debe tomarse el café.

Todo indicaba que sería un lunes cualquiera. Despertó a la hora en que siempre lo hacía, a las 6:15 a.m. exactas, y encendió la radio para escuchar la repetición de la conferencia del presidente Nixon de la semana anterior sobre la situación económica del país. Se dio un baño rápido, sin olvidarse de usar el jabón que el dermatólogo le indicó para su piel sensible y se puso las gotas que empezó a usar desde que se dio cuenta de que sus ojos se ressecaban por estar tanto tiempo bajo

el ventilador en la oficina. Lo único que sería distinto en esa semana es que su supervisor regresaría a la oficina después de haber estado trabajando varios meses en otro estado del país, pero eso era algo perfectamente común.

Salió a recoger el periódico que ya estaba esperándolo en la entrada de su casa y aprovechó para saludar a la señora Tasha, quien estaba en ropa deportiva saltando la cuerda. Desde que se divorció, Tasha había hecho una dieta tras otra y se ejercitaba todas las mañanas; sin embargo, Oriel no había notado cambio alguno en ella desde el día en que empezó con este estilo de vida. Y eso había sido hacía seis años.

Oriel regresó a su casa y comió sin prisa las claras de tres huevos y una pieza de pan tostado. Todo sin sal, por supuesto, porque debía cuidar su consumo de sodio. Alzó su taza y la acercó para inhalar profundamente. Delicioso. Nada como ese olor del café antes de empezar oficialmente sus tareas del día.

Subió de vuelta a su habitación y se puso unos pantalones de vestir color mandarina y una camisa blanca de botones. Ambas cosas las había planchado la noche anterior, después de encargarse de pulir bien sus zapa-

tos. El olor a menta y detergente seguía muy presente en la ropa y Oriel pasó las manos por encima de su atuendo para asegurarse de que no tuviera ninguna arruga, pelusa o hilo fuera de lugar. Se fijó en el espejo, todo parecía estar en orden. Caminó hacia su vestidor y tomó un pequeño peine de dientes afilados, el cual pasó por su cabello y meticulosamente por su bigote. Hoy lucía de un tono marrón vibrante, bastante rojizo, del cual estaba muy orgulloso. Retocaba el color cada tres días para cubrir sus canas prematuras y hasta ahora nadie parecía notar que se teñía el cabello.

Última revisión.

Todo parecía estar en orden... excepto por un pequeño detalle. Entrecerró los ojos para asegurarse de que estuviera viendo bien y se acercó más al espejo.

Efectivamente. Había algo fuera de lugar, después de todo.

Saliendo de su fosa nasal derecha había un vello largo y negro. Intentó rascarse la nariz para ver si se acomodaba solo hacia adentro, pero no se movía. Se alejó un poco más del espejo para decidir si era muy notorio o si solo estaba, como le repetía su madre, dándole importancia a algo que nadie, más que él, notaba.

Pero sí, sí podía notar ese vello a una corta distancia. Se veía, de hecho, bastante grueso, y Oriel se preguntaba cómo es que no lo había notado antes. Ni hablar, tendría que encargarse de él antes de ir a trabajar.

Encontró rápidamente en uno de sus cajones una pinza delgada para la ceja y tomó aire antes de acercarla a su nariz. La verdad es que pocas veces había tenido que quitarse vellos de esta manera, pero cuando lo hizo no había sido nada placentero. El dolor duraba un segundo, sí, pero era incómodo y Oriel evitaba todo tipo de incomodidad.

Bien, era el momento de hacerlo, no podía permitirse llegar tarde.

Tomó la pinza y la acercó lentamente a su nariz. Aguantó la respiración y atrapó el molesto vello. Solo un pequeño jalón y listo. Cerró los ojos y tiró con fuerza.

Pero nada. El vello se quedó ahí.

Oriel pasó la lengua por sus dientes frontales mientras observaba la situación confundido. Ni siquiera había sentido la punzada de dolor, lo que significaba que tal vez no había agarrado el vello como creyó. Tal vez su vista estaba empeorando. Sacó los lentes del estuche gris que llevaba siempre en su maletín y se los puso.

Ahora que podía ver el vello de forma mucho más clara, se daba cuenta de que estaba más largo de lo que había creído; no era común para él tener vellos de ese tamaño en la nariz. ¿Sería una señal de que estaba envejeciendo? Había escuchado que ese tipo de cosas podían llegar a pasar...

Poniendo especial atención, acercó la pinza nuevamente a su nariz. Iba a usar más fuerza esta vez, así que debía prepararse para el dolor. Contó hasta tres en su mente con lentitud y jaló tan fuerte como pudo.

Oriel se quedó tieso.

La pinza en su mano no sostenía un vello nasal extremadamente largo, no. Era algo mucho más inesperado que hizo que su piel se erizara al instante.

Retorciéndose, y cubierta de una capa de moco, estaba una cucaracha de antenas largas. Era pequeña y con la mitad del cuerpo pintada de un tono mostaza. Oriel se preguntaba horrorizado cómo pudo estar todo ese rato adentro de su nariz sin que él lo notara.

La cucaracha movió las antenas y Oriel, espantado, sacudió la mano, por lo que el bicho salió volando hasta el otro lado de la habitación. La cucaracha se perdió en algún punto entre la cama y el buró junto a ella. Oriel

se sentía impactado y asqueado. Volvió a mirarse en el espejo y con el dedo pulgar separó la fosa nasal tanto como pudo para ver si había algo más. Incluyó la cabeza hacia arriba hasta que el cuello le dolió, pero por más que buscó no vio nada. Tomó un cotonete y hurgó en ambos lados de la nariz, tratando de encontrar algo, pero no parecía haber otra cucaracha.

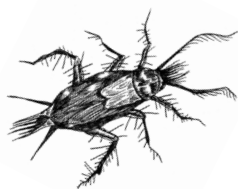
Seguramente ya no había más, seguramente se trataba de un mero accidente. Estas cosas pasan, la gente se come arañas mientras duerme y no significa que se despierte llena de animales. Intentó relajarse con las respiraciones que le recomendaba su terapeuta, pero la noción de que un bicho había estado dentro de su nariz dejando todo tipo de suciedad lo alteraba muchísimo.

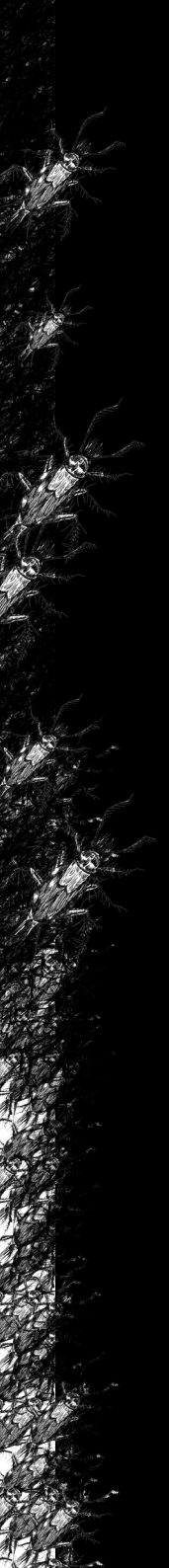
Corrió al baño y se lavó la cara una vez más con todos los productos que tenía para el cuidado de la piel. Lavó y desinfectó las pinzas que usó para sacar la cucaracha y se hizo una limpieza rápida de nariz con uno de esos espráis que venden para la congestión nasal. No era lo ideal, en realidad preferiría poder usar agua con sal, pero el reloj en su muñeca marcaba las ocho de la mañana, por lo que tenía que salir de su casa en ese momento o no llegaría a tiempo a la oficina.

Salió del baño sintiéndose fresco, oliendo a jabón y un poco más tranquilo. Pasó la mirada por el piso de su habitación tratando de encontrar la cucaracha, pero no tuvo suerte. Seguro ya estaba escondida en algún hueco. Al regresar del trabajo tendría que rociar algo para deshacerse de ella.

Salió de casa y se subió a su Datsun amarillo. El interior olía a una mezcla de canela y plástico. Condujo hacia el centro de la ciudad con las ventanas abajo, dejando que la cálida brisa de verano le tocara la piel. No era algo que hiciera seguido, pero cuando se sentía tan tenso como ese día, esto parecía ayudarle a calmar los nervios. «Big Yellow Taxi» de Joni Mitchell sonaba en la radio y Oriel movía ligeramente la cabeza al ritmo de la música mientras mantenía la vista en las calles frente a él. El sol ya se posaba alto en el cielo y todo estaba cubierto por un tinte amarillento.

Dio un rápido vistazo al reloj; a la velocidad que iba, tenía todavía quince minutos para llegar. Odiaba llegar tarde, no lo había hecho desde hacía un año, cuando luego de un incidente con su supervisor no pudo salir de casa a tiempo, debido a una úlcera estomacal que no le permitía despegarse del inodoro por temor a man-





char todo con los contenidos de su estómago. Lo que había ocurrido para dejarlo en ese estado era algo en lo que no le gustaba pensar. Era casi como si lo guardara en secreto incluso para sí mismo. A veces le venían breves recuerdos en momentos al azar y tenía que hacer lo que fuera para sacarlos de su mente, por miedo a que ocurriera otro episodio como el de aquel día.

Tenía una expresión compungida cuando finalmente llegó al edificio color crema de su trabajo.

Oriel trabajaba en el corporativo de Wesbanco, un *holding* bancario de buena reputación en el que llevaba laborando ya dos años en el área de las inversiones. Encontró lugar cerca de la puerta de entrada y se bajó con su maletín en la mano derecha. Wesbanco estaba cerca de un restaurante de comida rápida y el aire olía levemente a pollo frito. Oriel se rascó la nariz al sentir una leve comezón y tuvo que cerrar la mano izquierda, enterrándose las uñas con fuerza para tratar de no caer en paranoia. ¿Qué tal si había otro bicho? ¿Qué tal si la comezón que sentía era porque sus antenas estaban rozándole la nariz por dentro?

Decidió no perder más tiempo y, sin importarle nada, corrió hasta su cubículo. Hizo todo lo que pudo para no lanzar su maletín y se sentó con calma.



Respiró profundo.

Inhaló.

Exhaló.

Inhaló de nuevo, más profundo.

Exhaló con fuerza.

Todo estaba bien, cosas así pasaban. Por supuesto que sí. No tenía por qué pensarlo tanto. Volvió a sentir comezón y se rascó con tanta fuerza que se hirió.

¿Todo en orden?

Levantó la cabeza y se topó con su supervisor, Vasyi, con la frente arrugada por la preocupación. Su cabello negro y ondulado estaba tan bien peinado como siempre y traía puestos unos lentes tipo aviador.

Sí, todo bien —dijo Oriel entre dientes. Sentía sus adentros como si acabara de tragar una enorme cantidad de cemento. Odiaba interactuar con otras personas cuando se sentía así de vulnerable, especialmente odiaba sentirse así frente a su supervisor.

¿Estás seguro?

Oriel se quitó los lentes para limpiarlos. Ahora que no los tenía puestos, sus ojos se veían más pequeños, pero más verdes.

Índice

7

Las
AVENTURAS de Billy el Raro
PRIMER DÍA DE CLASES

9

Los
Huéspedes

38

DICEN
POR
AHÍ

46

Las
AVENTURAS de Billy el Raro
FIESTA DE CUMPLEAÑOS

47

ALIMENTAR
AL
COCODRILO

75

MISIÓN
A LA
CINA

78

ZAPATEO

82

Las
AVENTURAS de Billy el Raro
VACACIONES

83

LA
COSA
ABAJA
de la
CAMA

III

LA
CORONA

II2

LOS
CONSEJOS
de
MAMA

II5

Las
AVENTURAS de Billy el raro
EL PRIMER EMPLEO DE BILLY

II7

El Anillo de
MEDEA

148

EL DÍA
de
MAÑANA

154

Las
AVENTURAS de Billy el raro
BILLY SE ENAMORA

155

ERROR
de Código

171

Las
AVENTURAS de Billy el raro
UN GRAN DÍA PARA BILLY

173

El
CHICO
de la
PIEL de
CERDO